

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

ELEMENTOS DE ORIENTACIÓN MARXISTA

Diciembre 2022

10

Partido comunista internacional

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralesco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmadista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

¡LEAN, DIFUNDAN, SOSTENGAN LA PRENSA INTERNACIONAL DEL PARTIDO! ¡SUSCRÍBANSE!

- **«el proletario»** (Órgano del partido comunista internacional) : Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.
- **«el programa comunista»** (Revista teórica en lengua española) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3 - Precio de solidaridad de un ejemplar: 6 €, 16 FS, £ 4 / 40 Krs. / América latina: US \$ 3 / USA et Cdn: US \$ 6
- **«Suplemento a “el programa comunista”** : Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5
- **«Il comunista»** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 2 €; £ 2; 6 FS; Suscripción: 10 €; £ 10; 30 FS; Suscripción de solidaridad: 20 €; £ 20; 60 FS.
- **Le prolétaire** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1,5; 3 FS; 500 CFA. Suscripción: 7,5 €; £ 7,5; 30FS; 1'500 CFA. Suscripción de solidaridad : 15 €; £ 15; 60FS; 3'000 CFA
- **Programme communiste** (Revista teórica) : Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4 Suscripción: El precio de 4 ejemplares. Suscripción de solidaridad: 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina: US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40
- **Proletarian** (Suplemento al «le prolétaire») : Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.
- **Communist Program** (Revista teórica en lengua inglesa) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 1000 CFA / USA + CDNUS \$ 4 / América latina US \$ 2 - Precio de solidaridad de un ejemplar: 8 €, 16 FS, £ 6, 2000 CFA, USA + CDN US \$ 8, América latina US \$ 4

Para pedidos de publicaciones, gastos postales y pagos, contáctenos a nuestra dirección e-mail: »elprogramacomunista@pcint.org«

- Sumario -

Introducción	2
Elementos de orientación marxista:	6
• El marxismo no es un problema de opiniones	6
• ¿En qué sentido los marxistas se vinculan a una tradición histórica?	6
• Incardinación del método dialéctico marxista	7
• El enfrentamiento entre las fuerzas productivas y las formas sociales	8
• Clase, lucha de clase, partido	9
• Conformismo, reformismo, antiformismo	10
• Interpretación de los caracteres de la fase histórica contemporánea; criterio dialéctico de valoración de las instituciones y de las soluciones sociales pasadas y presentes	11
• La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo económico: mercantilismo	12
• La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo social: la familia	13
• La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo político: monarquía y república	14
• La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo ideológico: la religión cristiana	15
• El ciclo capitalista: fase revolucionaria	16
• El ciclo capitalista: fase evolucionista y democrática	17
• El ciclo capitalista: fase imperialista y fascista	17
• La estrategia proletaria en la fase de la revolución burguesa	18
• Tendencias del movimiento socialista en la fase democrático-pacifista	19
• Táctica proletaria en la fase del capitalismo imperialista y del fascismo	20
• La revolución rusa, errores y desviaciones de la Tercera Internacional, involución del régimen proletario ruso	21
• Impostación actual del problema de la estrategia proletaria. Denuncia histórica definitiva de cualquier simpatía por las reivindicaciones democrático-liberales. Solución negativa a la tesis del apoyo a las fuerzas que conducen al capitalismo a desarrollar su modernísima fase monopolística en economía y fascista en política	23

Introducción

El proceso de reconstitución del partido de clase, tras el diluvio de la segunda carnicería mundial y la precedente y posterior contrarrevolución estalinista, sólo podía tener lugar a través de ciertas etapas. Ante tal desastre, tanto para el movimiento proletario internacional como para el partido de clase, la primera fase de esta reconstitución fue necesariamente parcial e inacabada. Tenía que empezar con la restauración de la doctrina marxista, saqueada y completamente distorsionada no sólo por el oportunismo socialdemócrata clásico, sino sobre todo por la ola contrarrevolucionaria que tomó el nombre de estalinismo. El proceso de restauración de la doctrina marxista no podía ser ciertamente corto y simple, y mucho menos esquemático, y no podía limitarse a retomar el programa del PCd'I de Livorno 1921 y remitirse a las Tesis de Roma de 1922 y a las Tesis de Izquierda de Lyon 1926, como si la segunda guerra imperialista mundial y sus secuelas fueran una mera repetición de la situación que había dado lugar a la primera guerra imperialista mundial y sus secuelas.

Se requerían balances dinámicos de todo el marco temporal en el que se produjeron todas las contradicciones que condujeron a la guerra mundial de 1914-18, en el que se desarrollaron las luchas de clase del proletariado ruso y europeo y la revolución proletaria en Rusia; en el que el movimiento proletario mundial se vio abocado a la lucha revolucionaria por la conquista del poder político, y en el que el movimiento comunista internacional se desarrolló sobre las firmes bases teóricas, programáticas y políticas marxistas establecidas en los primeros congresos de la Internacional Comunista; el lapso de tiempo en el que los intentos revolucionarios en Alemania y Hungría tropezaron con la poderosa contraofensiva burguesa y la violenta acción saboteadora y contrarrevolucionaria de las tendencias oportunistas, mientras que la revolución comunista en Rusia estaba aislada y asfixiada tanto por las dificultades económicas objetivas como por la ausencia de partidos comunistas sólidos en el Occidente capitalista desarrollado, y por tanto de una guía segura para el proletariado europeo como lo fue el partido bolchevique de Lenin para el proletariado ruso. La victoria de la contrarrevolución burguesa no sólo tomó la forma de una sangrienta y sistemática represión antiproletaria y anticomunista, reproduciendo los métodos ya utilizados por la soldadesca de Thiers al masacrar a los comuneros en 1871, sino que también tomó la forma del estalinismo, es decir, de la contrarrevolución que adoptó las mismas reivindicaciones proletarias (lucha armada y partidista a favor de un bloque imperialista contra el bloque contrario) bajo las banderas de un falso socialismo y un falso internacionalismo. La contrarrevolución burguesa montó la victoria militar de la democracia contra el totalitarismo fascista como resultado del *frente unido entre* las potencias democráticas occidentales y la

Rusia «socialista», entre los diversos partidos burgueses y los llamados partidos «socialistas» y «comunistas», construyendo las bases políticas y sociales de una *colaboración de clases* que no era sólo una táctica socialista para obtener mejores condiciones de vida y de trabajo para las masas trabajadoras, sino que se convirtió en la *política social* de la burguesía en todos los países, heredando su estructura a nivel estatal del propio nazifascismo que quería derrocar.

La labor de restauración de la doctrina marxista no podía separarse de la evaluación dinámica de los acontecimientos históricos que habían dado un vuelco completo a la situación mundial y los comunistas revolucionarios que no se habían plegado al estalinismo estaban llamados a esta labor.

La organización de los militantes comunistas que se nutrió de la corriente Izquierda Comunista de Italia y del Partido Comunista de Italia que dirigió en los primeros años de su vida, en una primera fase tuvo que salir de las contradicciones y de la confusión inevitablemente causada por la derrota destructiva de la revolución proletaria en Rusia y en el mundo, y del movimiento comunista internacional, reorientándose en el rumbo marxista de derecha. Se necesitaron años, pero el trabajo iniciado y realizado por aquellos militantes desde el final de la guerra imperialista en adelante, encontró, en el *hilo del tiempo* trazado históricamente por la Izquierda Comunista de Italia, la conexión adecuada para profundizarlo y reavivarlo, poniéndolo en la base de la reconstitución del Partido de clase.

La organización del partido se llamaba entonces *Partido Comunista Internacionalista* (a partir de 1945 salió con la revista *Bataglia Comunista*, y a partir de 1946 con la revista *Prometeo*) y fue en su seno donde se desarrolló el necesario trabajo de clarificación y reconquista de la herencia teórica y política del marxismo y del movimiento comunista proletario internacional. Se trataba, en un contexto completamente negativo para el movimiento comunista proletario e internacional, de llevar a cabo la misma labor a la que se dedicaron Lenin y otros muy pocos militantes bolcheviques en los primeros 15 años del siglo XX. Ninguna otra corriente política del mundo tenía la fuerza necesaria para emprender esta tarea. Tampoco podían hacerlo los seguidores de Trotsky, demasiado ligados a la táctica de la III Internacional y demasiado confiados en el uso del método democrático para «engañar» a la burguesía; ni las diversas escuelas antiestalinistas, ya fuesen de tendencia sindicalista revolucionaria o *barbarista* (1), porque sus fundamentos teóricos estaban de hecho enraizados en la ideología burguesa y en los principios de la democracia. Menos aún podían hacerlo las corrientes que querían superar las consecuencias de la derrota asumiendo que los fundamentos teóricos del marxismo ya no eran suficientes para explicar la derrota de la revolución rusa y de la Internacional Comunista, la segunda guerra imperialista mundial, la victoria del estalinismo y del imperialismo, y el retroceso del movimiento obrero en todo el mundo, ir a buscar en las reuniones de pequeños grupos intelectuales las «nuevas clases» (desde la burocracia hasta el guerrillerismo campesino), o nuevas interpretaciones del «neocapitalismo», del «imperialismo», de las «masas obreras», innovando y enriqueciendo el marxismo que era considerado como una teoría caduca e insuficiente.

Este trabajo de restauración teórica y de reconstitución del partido de clase sobre

sus bases sólo podía ser realizado por los militantes comunistas procedentes de la Izquierda Comunista de Italia, porque en ella encontraron los fundamentos teóricos y doctrinales, el programa político, las líneas tácticas y los criterios organizativos coherentes con el marxismo y sólidamente anclados a la experiencia práctica desarrollada desde 1912 y a lo largo de los años veinte en la lucha contra toda desviación oportunista, y en particular contra la desviación máxima resumida en la teoría de la «construcción del socialismo en un solo país», contra el militarismo burgués y la guerra imperialista, por la organización comunista intransigente dirigida a la preparación revolucionaria y a la lucha por la conquista del poder político hasta el derrocamiento del Estado burgués y la instauración de la dictadura proletaria ejercida por el partido, convergiendo perfectamente en el mismo curso en el que se había movido el partido bolchevique de Lenin, aunque sin conocerlo.

A lo largo de todo el período comprendido entre 1945-46 y 1952, es decir, hasta la escisión del Partido Comunista Internacionalista en dos secciones, en la lucha política interna contra las valoraciones erróneas, las tácticas equivocadas y los criterios erróneos (entender la segunda postguerra como dotada de un potencial revolucionario similar a la primera, rechazo de los sindicatos obreros como instituciones exclusivamente burguesas, imperialismo como «modo de producción» diferente del capitalismo, valor del centralismo democrático y de los congresos en la vida organizativa del partido, etc.) el trabajo de restauración de la doctrina marxista corrió en paralelo con el trabajo de reconstitución del órgano del partido, y sobre todo ello surgieron diferencias y desviaciones que en un momento dado fueron insuperables, dando lugar a la escisión organizativa. Esta escisión tuvo lugar, de hecho, al crearse dos organizaciones que llevaban el mismo nombre de partido, pero que seguían rutas completamente confrontadas, identificables a través de los títulos de los dos periódicos, *Bataglia Comunista* e *Il programma comunista*. El trabajo de restauración teórica, iniciado en 1945-46, continuó en el partido que salió con el titular *Il programma comunista*. Pero tal trabajo no hubiera sido posible sin restablecer -como escribimos en la «Nota Introdutoria» al pequeño volumen en el que reeditamos el «Tracciato d'impostazione» en 1974 (2), *«las piedras angulares de nuestra doctrina, el materialismo dialéctico, y su correcta aplicación no sólo al análisis de la sucesión de los modos de producción y del ciclo revolucionario, reformista y contrarrevolucionario seguido por cada uno, sino a la especificación de la estrategia y la táctica del movimiento comunista a lo largo de la parábola de más de un siglo del modo de producción capitalista y de las formas de dominación mundial despiadada de la clase burguesa sobre el proletariado»*.

Pues bien, este texto *«no demuestra, sino que afirma; no discute, sino que proclama; no ofrece alimento a los círculos de eruditos en busca de la verdad, sino que traza los caminos -siempre los mismos desde hace un siglo- de una milicia revolucionaria en inflexible marcha contra la corriente, llamada a encontrar las armas de su futura batalla por el camino, glorioso incluso en la derrota, de las generaciones pasadas. Es -como corresponde a un texto programático- una pista a seguir, un planteamiento a traducir en acción: si se quiere, nuestro punto de partida necesario en el punto de llegada de la línea que va de Marx, a Lenin, a la Tercera Internacional, y que desde aquí se reanuda con el balance de la ruina*

final de ésta».

Al reeditar este texto en 1974 se acompañó de otro que era el acta literal de una reunión general del Partido celebrada en 1957 en París, titulada *Los fundamentos del comunismo revolucionario*. En el marco de la labor de restauración de la doctrina marxista, se dio especial importancia a este texto, que partía de la crítica «*de una corriente particular, entonces de moda, como «Socialisme ou Barbarie»; se ocupaba del tronco, profundamente arraigado en la tradición francesa pero lejos de ser exclusivo de Francia, del que florecían con ininterrumpida vitalidad las pútridas ramas y tristes frondas de la pseudoizquierda; desviaciones, rezagos y traiciones que en su momento, a la luz del marxismo, descubrimos y denunciarnos en grupos y agrupaciones casi exclusivamente italianas y francesas, luego alemanas y anglosajonas, pero que desde entonces han recobrado impulso y hoy (1974) son el pan de cada día no sólo de los llamados partidos comunistas de filiación rusa, china, etc., sino también de las innumerables convenciones «comunistas» de la «izquierda». sino de los innumerables conventos de «opositores» que han surgido del «mayo francés» y de sus homólogos alemanes y otros».*

En este folleto, nos limitamos a la publicación del *Tracciato*, remitiendo el resto de textos citados a una publicación posterior.

Diciembre de 2022

(1) Se refiere a la corriente que, en Francia, editaba la revista *Socialisme ou Barbarie*.

(2) Véase *Tracciato d'impostazione - I fondamenti del comunismo rivoluzionario*, «I testi del partito comunista internazionale», nº 1, Milán 1974. El Esbozo de *Tracciato*, como se ha mencionado, se publicó en el nº 1, de julio de 1946, de la (entonces nuestra) revista *Prometeo*. *Los fundamentos del comunismo revolucionario* fue publicado en los números 13, 14 y 15 de 1957 de la (entonces nuestra) revista quincenal *Il Programma Comunista*. Este segundo texto, junto con muchos otros, forma parte de la segunda fase que atravesó el partido en su proceso de reconstitución organizativa, una fase que, tras la escisión de 1952, definimos como «de carácter orgánico y lineal».

- * -

Elementos de orientación marxista

(Publicado con el título "Tracciato d'impostazione"
en la revista "Prometeo", nº 1, julio de 1946)

El marxismo no es un problema de opiniones

Este escrito, por motivos evidentes, no contiene la demostración de todo lo que afirma. Tiene la tarea de establecer con la mayor claridad la línea de la publicación. Por lo tanto, únicamente enuncia para fijar los puntos principales y con el fin de evitar confusión y equívocos, involuntarios o deliberados.

*

Antes de convencer a quien escucha se trata de hacerle entender bien las posiciones de quien expone. La persuasión, la propaganda y el proselitismo vienen después.

De acuerdo con el método que seguimos aquí, las opiniones no se establecen por obra de profetas, de apóstoles o de pensadores en cuyas cabezas nazca la nueva verdad para ganar multitudes de seguidores.

El procedimiento es completamente diferente. Es el trabajo impersonal de una vanguardia de grupos sociales el que enuclea y vuelve evidente las posiciones teóricas a las cuales son llevadas los individuos, antes de ser conscientes de ellos, por sus condiciones de vida, reales y comunes.

En la fase presente de desviación teórica, reflejo de la desorganización práctica, si la puesta a punto de la impostación produce como primer resultado el alejamiento y no el acercamiento de adherentes, no hay que sorprenderse o lamentarse.

¿En qué sentido los marxistas se vinculan a una tradición histórica?

Todo movimiento político, al presentar sus tesis, se reclama de precedentes históricos y en cierto sentido de tradiciones recientes o remotas, nacionales o internacionales.

También el movimiento del cual esta revista es el órgano teórico se reclama de orígenes bien determinados. Pero a diferencia de los otros, no parte de un verbo revelado que se atribuya a fuentes sobrehumanas, no reconoce la autoridad de textos escritos inmutables y menos admite cánones jurídicos, filosóficos o morales a los cuales remontarse en el estudio de cada cuestión, que se pretendan de alguna manera instituidos o immanentes al modo de pensar y sentir de todos los hombres.

*

Son aceptables, para denominar esta orientación, los términos de marxismo, socialismo, comunismo, movimiento político de la clase proletaria. Lo malo es que de todos los términos se ha abusado repetidamente. Lenin consideró, en 1917 como exigencia fundamental el cambio del nombre del partido, volviendo al de *comunista* del *Manifiesto* del '48. Hoy el inmenso abuso hecho del nombre de comunista por parte de partidos que están fuera de cualquier línea revolucionaria y clasista crea una confusión aún mayor; movimientos exquisitamente conservadores de las instituciones burguesas osan decirse partidos del proletariado; el término de marxistas está empeñado para definir los más absurdos aglomerados de partidos, como los del antifranquismo español.

La línea histórica de la cual nos reclamamos es la siguiente: el *Manifiesto de los comunistas* de 1848 (titulado de manera precisa *Manifiesto del Partido Comunista*, sin añadir nombre ni nación); los textos fundamentales de Marx y de Engels; la clásica restauración del marxismo revolucionario contra todos los revisionismos y oportunismos, que acompañó a la victoria revolucionaria en Rusia y los textos fundamentales leninistas; las declaraciones constitutivas de la Internacional de Moscú en el Ier y II^a Congreso; las posiciones sostenidas por la izquierda en los congresos sucesivos de 1922 en adelante.

Limitándonos a Italia, la línea histórica se enlaza a la corriente de izquierda del Partido Socialista durante la guerra de 1914-18, a la constitución del Partido Comunista de Italia en Livorno en enero de 1921, a su congreso de Roma en 1922, a las manifestaciones de su corriente de izquierda, que prevaleció hasta el congreso de Lyon en 1926, y sucesivamente fuera del partido y de la Comintern y en el extranjero.

Esta línea no coincide con la del movimiento trotskista de la IV^a Internacional. Trotsky reaccionó tarde, y aún más tarde lo hicieron Zinoviev, Kamenev, Bujarin y los otros grupos de la tradición bolchevique, a la táctica errada que, desde 1924, habían sostenido y reconocieron que la desviación se agravaba hasta arrollar los principios fundamentales del movimiento. Los trotskistas de hoy se reclaman de la restauración de aquellos principios, pero no han rechazado claramente los elementos disolventes de la táctica «maniobrera» falsamente definida como bolchevique y leninista.

Incardinación del método dialéctico marxista

La base de cualquier investigación debe ser la consideración de todo proceso histórico que se ha desarrollado hasta aquí y el examen objetivo de los fenómenos sociales presentes.

El método se ha enunciado más veces, pero se extravía muchas veces en el curso de su aplicación. El fundamento de la indagación está dado por el examen de los medios materiales con los cuales los agregados humanos logran la satisfacción de sus necesidades, la técnica productiva, por lo tanto, y con el desarrollo de estas relaciones de naturaleza económica.

Estos factores determinan las diferentes épocas la super estructura de las

instituciones jurídicas, políticas y militares y los caracteres de las ideologías dominantes.

*

Este método está bien definido por las expresiones de materialismo histórico, materialismo dialéctico, determinismo económico, socialismo científico y comunismo crítico.

Lo importante es extraer siempre resultados positivos de hechos y no postular la intervención, para representar y explicar los hechos humanos, ni de mitos o divinidades, ni de principios de «derecho» o «ética» naturales, como pueden ser la Justicia, la Igualdad, la Libertad, la Fraternidad y otras abstracciones vacías. Aún más importante es no postular estas y otras ilusiones preconcebidas sin darse o cuenta o sin confesarlo, por efecto de las irresistibles influencias de la ideología dominante, y no dejarlas aflorar precisamente cuando se trata de los momentos más importantes y de las conclusiones decisivas.

El método dialéctico es el único que supera la contradicción corriente entre la rigurosa y continua coherencia teórica y la capacidad de volver a afrontar críticamente cualquier vieja conclusión establecida en términos y cánones formales.

Su aceptación no tiene el carácter de una fe ni de una posición pasional, de escuela o de facción.

El enfrentamiento entre las fuerzas productivas y las formas sociales

Las *fuerzas* productivas, que consisten principalmente en los hombres utilizados para producir en sus agrupaciones y, también, en los utensilios y medios mecánicos de los cuales están en condiciones de valerse, actúan en el cuadro de las *formas* productivas.

Por tales *formas* se comprenden todos los sistemas constituidos por jerarquías (familiares, militares, teocracias, políticas), el Estado y todos sus organismos, el derecho y los tribunales que lo aplican, las reglas y todos los ordenamientos, de naturaleza económica y jurídica, que oponen resistencia a ser transgredidos.

Un tipo de sociedad vive hasta el momento en que las fuerzas productivas permanecen constreñidas en el cuadro de las formas de la producción. En determinados momentos de la historia este equilibrio tiende a romperse. Diversas causas, entre las cuales los progresos de la técnica, el crecimiento de las poblaciones o la extensión de las comunicaciones, incrementan las fuerzas productivas. Estas se enfrentan con las formas tradicionales, tienden a romper el cerco y cuando esto sucede, se da una revolución: la comunidad se ordena de acuerdo a nuevas relaciones económicas, sociales y jurídicas, *formas* nuevas toman el puesto de las antiguas.

*

El método dialéctico encuentra, aplica y convalida sus soluciones a escala de los grandes fenómenos colectivos con métodos científicos y experimentales (de la misma manera que los pensadores de la época burguesa lo aplicaron al

mundo natural con una lucha que era el reflejo de la lucha social revolucionaria contra los regímenes teocráticos y absolutistas, pero que no podían osar llevar a las aplicaciones sociales). Este deduce de los resultados adquiridos en un determinado campo las soluciones del problema del comportamiento del individuo aislado, mientras que todas las escuelas contrarias, sean religiosas, jurídicas, filosóficas, económicas... proceden en sentido inverso. Construyen la norma del comportamiento colectivo sobre la base inconsistente de este mito del Individuo, ya se presente este como alma personal inmortal, ya se afirme como sujeto de derecho y Ciudadano, tanto si se estudia como mónada inmutable de la praxis económica o de cualquier otra manera (hoy, cuando la ciencia física ha ido más allá de su fecundísima hipótesis de los indivisibles materiales, los átomos, y los ha definido como ricos complejos, reducidos no tanto a ulteriores mónadas-tipo incorruptibles, cuanto a puntos de encuentro de toda la dinámica radiante de los campos energéticos exteriores, de manera que se puede decir que el cosmos no es función de los unos, sino que cualquier uno es función de todo el cosmos).

Si alguien cree en el individuo y habla de personalidad, de dignidad, de libertad, de responsabilidad del hombre o del ciudadano no tiene nada que hacer con el pensamiento marxista. Los hombres no se ponen en movimiento por opiniones o confesiones, o por fenómenos del llamado pensamiento, en el cual se inspirarían su voluntad y su acción. Son inducidos a moverse por sus necesidades, que toman el carácter de intereses cuando la misma exigencia material afecta simultáneamente a grupos enteros. Y reaccionan individual y colectivamente, en un sentido que en gran medida está necesariamente determinado, antes de que el juego de los estímulos y las reacciones haya hecho nacer en su cabeza los reflejos que se llaman sentimientos, pensamientos o juicios.

El fenómeno es obviamente de una complejidad extrema y puede, en casos individuales, ir en sentido contrario al de las leyes generales que está justificado establecer.

Por lo tanto, no tiene derecho a llamarse marxista quien hace intervenir como causa motriz en el juego de los hechos sociales e históricos la conciencia individual, los principios morales, la opinión y la decisión del individuo o del ciudadano.

Clase, lucha de clase, partido

El enfrentamiento entre las fuerzas productivas y las formas sociales se manifiesta como lucha entre las clases que tienen intereses económicos opuestos; esta lucha, en las fases culminantes, deviene enfrentamiento armado por la conquista del poder político.

*

Clase, en el sentido marxista, no es la fría constatación estadística, sino fuerza orgánica operativa y aparece cuando la simple concomitancia de condiciones económicas y de intereses desemboca en una acción y en una lucha común.

En estas situaciones, el movimiento es conducido por agrupaciones y organismos de vanguardia, de los cuales la forma desarrollada y moderna es el partido

político de clase. La colectividad cuya acción culmina en la de un partido se mueve en la historia con una eficiencia y una dinámica real que no se puede alcanzar en el marco restringido de la acción individual. Es el partido el que alcanza una conciencia teórica del desarrollo de los eventos y una consiguiente influencia sobre el devenir de estos en el sentido dispuestos por los determinantes de las fuerzas productivas y de las relaciones entre estas.

Conformismo, reformismo, antiformismo

Al finalizar una presentación de los principios y las directivas, la cual debido a la tremenda dificultad y complejidad de las cuestiones no puede hacerse sin recurrir a esquemas simplificadores, se reconocen tres tipos históricos de movimientos políticos en los cuales podemos clasificar todos.

Conformistas son aquellos movimientos que combaten para conservar íntegras las formas y las instituciones vigentes, prohibiendo cualquier transformación y reclamándose de principios inmutables, ya se presenten estos en términos religiosos, filosóficos o jurídicos.

Reformistas son los movimientos que, pese a no querer alterar brusca y violentamente las instituciones tradicionales, advierten que las fuerzas productivas empujan con mucha fuerza y propugnan modificaciones graduales y parciales en el orden vigente.

Revolucionarios (y adoptaremos el término provisional de *antiformistas*) son los movimientos que proclaman el asalto a las viejas formas y se lanzan a él, e incluso antes de saber teorizar los caracteres del nuevo orden, tienden a despedazar el antiguo, provocando el nacimiento irresistible de formas nuevas.

Conformismo - Reformismo - Antiformismo

*

Cualquier esquematización presenta riesgo de error. Se puede preguntar si la dialéctica marxista no conduce a su vez a construir un modelo general de los acontecimientos históricos artificioso, reduciendo todo el desarrollo a una sucesión en el dominio de clases que nacen revolucionarias, viven reformistas y acaban conservadoras. El sugerente término colocado en relación a la eventual sociedad sin clases, resultado de la victoria de la clase proletaria (la célebre *salida de la prehistoria de la humanidad* de Marx) puede aparecer como una construcción finalista y, por lo tanto, metafísica, como aquellas falaces ideologías del pasado. Hegel, como denunció Marx, reduce su sistema dialéctico a una construcción absoluta, cayendo inconscientemente en aquella metafísica que en la parte demolidora de su crítica (reflejo filosófico de la lucha revolucionaria burguesa) había superado. Con esto, Hegel, como coronación de la filosofía clásica del idealismo alemán y del pensamiento burgués, colocaba la tesis absurda de que la historia de la acción y del pensamiento debía cerrarse cristalizada en su perfecto sistema, en la conquista del Absoluto. Este punto estático de llegada es eliminado de la dialéctica marxista.

Todavía Engels, en su presentación clásica del socialismo científico (como contrapuesto al utopismo, que fiaba la renovación social a la propaganda para

la adopción de un proyecto de sociedad mejor propuesto por un autor o una secta) parecía admitir una regla y una ley general del movimiento histórico cuando usaba expresiones como: *el movimiento hacia delante; el mundo camina*. Tales vigorosas fórmulas de propaganda no deben hacer creer que existe una receta en la cual se encuentren todos y cada uno de los infinitos desarrollos del devenir de la sociedad humana, una receta que ocupe el lugar de las abstracciones burguesas acerca de la evolución, la civilización, el progreso y demás.

El maravilloso beneficio del arma dialéctica de investigación es también esencialmente revolucionario; se expresa en la implacable destrucción de los innumerables sistemas teóricos que periódicamente revisten el andamiaje del dominio de las clases privilegiadas. A estos cementerios de ídolos no debemos oponer un nuevo mito, un nuevo verbo, un nuevo credo, sino únicamente las expresiones realistas de una serie de relaciones entre las condiciones realmente existentes y sus desarrollos mejor calculables.

Para dar un ejemplo: la correcta formulación marxista no es «un día el proletariado tomará el poder político, destruirá el sistema social capitalista y construirá la economía comunista», sino «sólo mediante su organización en clase, es decir en partido político, y la instauración armada de su dictadura, el proletariado podrá destruir el poder y la economía capitalistas y volver posible una economía no capitalista y no mercantil». Científicamente, no podemos descartar un final diferente de la sociedad capitalista, como una vuelta a la barbarie, una catástrofe mundial debida a medios bélicos que tenga, por ejemplo, el carácter de una degeneración patológica de la raza (los ciegos y condenados a la disolución de los tejidos por causa de la radiactividad de Hiroshima y Nagasaki lo advierten) u otros no deducibles de los hechos actuales.

Interpretación de los caracteres de la fase histórica contemporánea; criterio dialéctico de valoración de las instituciones y de las soluciones sociales pasadas y presentes

El movimiento comunista revolucionario de esta convulsa época debe caracterizarse no sólo por la demolición teórica de todo conformismo y todo reformismo en el mundo contemporáneo, sino también por la posición práctica y táctica de que no hay más camino que recorrer con ningún movimiento, conformista o reformista, ni siquiera en sectores y tiempos limitados. Sobre todo, debe basarse en la adquisición histórica irrevocable de que el capitalismo burgués ha agotado ya todo ímpetu antiformalista, es decir, que ya no tiene ninguna tarea histórica general de demolición de las formas precapitalistas y de resistencia a su amenaza de retorno.

Esto no niega que mientras las poderosas fuerzas del devenir capitalista, que han acelerado la transformación del mundo a un ritmo sin precedentes, actuaran en tales relaciones, el movimiento de clase proletario podía y debía condenarlas dialécticamente en la doctrina y apoyarlas en la acción.

*

Una diferencia esencial entre el método metafísico y el método dialéctico en

la historia radica en esto.

Cada tipo de institución y de orden social y político no es en sí mismo bueno o malo, no debe ser aceptado o rechazado, según el examen de sus características sobre la base de cánones y principios generales.

Según la interpretación dialéctica de la historia, cada institución ha tenido tareas y efectos revolucionarios, progresistas y conservadores, en situaciones sucesivas.

Se trata, para cada parte del problema, de poner las fuerzas productivas y los factores sociales en su lugar deduciendo el sentido del conflicto político que es su expresión.

Es metafísico declararse autoritario o libertario, monárquico o republicano, aristocrático o democrático por principio, y retroceder en la polémica a cánones situados fuera de las coyunturas históricas. Ya el viejo Platón en su primer intento sistemático de ciencia política supera el absolutismo místico de los principios, y Aristóteles le sigue distinguiendo entre los tres tipos -poder de uno, de unos pocos, de muchos- las formas buenas y las malas: monarquía y tiranía -aristocracia y oligarquía- democracia y demagogia.

El análisis moderno, especialmente desde Marx, es mucho más profundo.

En la fase histórica actual, casi todas las declaraciones políticas y la propaganda utilizan los peores motivos tradicionales de todas las supersticiones religiosas legales y filosóficas.

A todo este caos de ideas, proyección en la cabeza de los hombres contemporáneos del caos de las relaciones de intereses en una sociedad en decadencia, se contraponen el análisis dialéctico de las relaciones de las fuerzas reales que están en juego hoy.

Para introducirlo, hay que recordar una valoración similar referida a relaciones bien conocidas de épocas históricas anteriores.

La valoración dialéctica de las formas históricas Ejemplo económico: mercantilismo

Empezando por las formas económicas, no tiene sentido posicionarse de forma general por una economía común o privada, liberal o monopolista, individual o colectiva, y presumir de los méritos de cada sistema en aras del bienestar general: hacerlo sería caer en la utopía, que es el reverso exacto de la dialéctica marxista.

El ejemplo clásico del comunismo como «negación de la negación» es bien conocido en Engels. Las primeras formas de producción humana fueron comunistas, luego vino la propiedad privada, que era un sistema mucho más complejo y eficiente. A partir de esto, la sociedad humana vuelve al comunismo. Este comunismo moderno sería inviable si el comunismo inicial no hubiera sido superado, derrotado y destruido por el sistema de propiedad privada. El marxista ve esta transición inicial como una ventaja y no como un perjuicio. Lo que se dice del comunismo puede decirse de todas las demás formas económicas como la esclavitud, la servidumbre, el capitalismo manufacturero, indus-

trial, monopolista, etc.

*

La economía mercantil, por la que los objetos susceptibles de satisfacer las necesidades humanas dejaron, al salir de la barbarie, de ser adquiridos y consumidos directamente por el dueño o productor primitivo y pasaron a ser susceptibles de ser intercambiados primero entre ellos, en forma de trueque, y más tarde con un equivalente monetario común, constituyó en su surgimiento histórico una grandiosa revolución social.

Esto hizo posible que diferentes hombres fueran asignados a diferentes trabajos productivos, ampliando y diferenciando en gran medida el carácter de la vida social. Se puede reconocer al mismo tiempo esta transición y afirmar que, después de una serie de tipos de organización económica, todos basados en el principio mercantil común (esclavitud, feudalismo, capitalismo, etc.), la tendencia actual es hacia una economía no mercantil, y que la tesis de que la producción es imposible fuera del mecanismo del intercambio monetario de mercancías es hoy una tesis conformista y reaccionaria.

La abolición del mercantilismo sólo puede sostenerse hoy y en la medida en que el desarrollo del trabajo asociado y la concentración de las fuerzas productivas, que el capitalismo, la última de las economías mercantiles, ha procurado, permite romper los límites por los que todas las mercancías circulan como mercancías y el propio trabajo humano es tratado como una mercancía.

Un siglo antes de esta etapa, una crítica del sistema mercantilista basada en un razonamiento filosófico, jurídico y moral general habría sido una auténtica locura.

La valoración dialéctica de las formas históricas

Ejemplo social: la familia

Los diferentes tipos de agregados sociales que han aparecido sucesivamente, a través de los cuales la vida colectiva se ha diferenciado del primitivo individualismo animal, en un inmenso ciclo que ha ido complicando cada vez más las relaciones en las que el individuo vive y se mueve, no pueden ser juzgados favorable o desfavorablemente por sí mismos, sino que deben ser considerados en relación con la sucesión y el desarrollo histórico que les ha dado una tarea cambiante en sucesivas transformaciones y revoluciones.

Cada una de estas instituciones surge como una conquista revolucionaria, se despliega y reforma en largos ciclos históricos, y finalmente se convierte en un obstáculo reaccionario y conformista.

*

La institución de la familia aparece como la primera forma social cuando, en la especie humana, el vínculo entre los padres y la descendencia va mucho más allá del momento en que existe por necesidad fisiológica. Nace la primera forma de autoridad que la madre y luego el padre ejercen sobre la descendencia, incluso cuando son individuos físicamente completos y fuertes. También aquí estamos en presencia de una revolución, ya que aparece la primera posibilidad

de una organización de la vida colectiva y se establecen las bases para los desarrollos posteriores que conducirán a las primeras formas de sociedad y estado organizados.

A medida que la vida social se hizo más y más compleja en las largas etapas siguientes, el interés y la autoridad de un hombre sobre otro se extendieron mucho más allá de los límites del parentesco y la sangre. El nuevo agregado más amplio contiene y regula la institución de la familia, como ocurre en las primeras ciudades, los estados, los regímenes aristocráticos y luego la burguesía, todo ello fundado en la institución fetiche de la herencia.

Cuando surge la necesidad de una economía que trascienda el juego de los intereses individuales, la institución de la familia, con sus estrechos límites, se convierte en un obstáculo y en un elemento reaccionario de la sociedad.

Sin haber negado por tanto su función, los comunistas modernos, tras constatar que el sistema capitalista ya ha deformado y desbaratado la cacareada «santidad» de esta institución, la combaten abiertamente y se proponen suprimirla.

La valoración dialéctica de las formas históricas **Ejemplo político: monarquía y república**

Las distintas formas de Estado, como la monarquía y la república, se alternan en la historia de forma complicada y ambas pueden haber representado energías revolucionarias, progresistas y conservadoras en diversas situaciones históricas. Si bien puede admitirse de manera general que el régimen capitalista antes de su caída liquidará probablemente los regímenes dinásticos que sobreviven en la actualidad, incluso en este asunto no juzgamos por absolutos que están fuera del espacio y del tiempo.

Las primeras monarquías surgieron como expresión política de un reparto de tareas materiales: ciertos elementos del conjunto de familias o tribus primitivas asumieron -mientras los demás se ocupaban de la caza, la pesca, la agricultura, los primeros oficios- la defensa con armas frente a otros grupos u otros pueblos, o incluso la presa armada de los bienes de éstos, y los primeros guerreros y reyes basaron el privilegio del poder en mayores riesgos. Esto supuso también el advenimiento de formas más desarrolladas y complejas, que de otro modo eran imposibles, y por tanto uno de los caminos que llevaron a una revolución en las relaciones sociales.

En etapas posteriores, la institución monárquica hizo posible la constitución y el desarrollo de vastas organizaciones estatales nacionales frente al federalismo de sátrapas y escuderos, y tuvo una función innovadora y reformadora. Dante es el gran reformador de la monarquía en los albores de los tiempos modernos.

Más recientemente, la monarquía se ha prestado en muchos países -pero no menos la república- a las formas más estrechas del poder de clase de la burguesía.

*

Puede haber movimientos y partidos republicanos de carácter revolucionario,

otros de carácter reformista, otros de carácter claramente conservador.

Por ceñirnos a ejemplos accesibles y simplificables, Bruto «que expulsó a Tarquinio» fue un revolucionario, los Gracos fueron reformistas que trataron de dar a la república aristocrática un contenido acorde con los intereses de la plebe, los republicanos tradicionales como Catón y Cicerón fueron conformistas y reaccionarios que se opusieron al gran desarrollo histórico que supuso la expansión del Imperio Romano y sus formas jurídicas y sociales por todo el mundo. La cuestión se desvirtúa por completo cuando se recurre a tópicos sobre el cesarismo, la tiranía o, por el contrario, los sagrados principios de las libertades republicanas y motivos retórico-literarios similares.

Entre los ejemplos modernos, basta con considerar las tres repúblicas francesas del '93, del '48 y del '71 como tipos antiformalistas, reformistas y conformistas.

La valoración dialéctica de las formas históricas **Ejemplo ideológico: la religión cristiana**

Los reflejos de las crisis de las formas económicas se producen no sólo en las instituciones sociales y políticas, sino también en las creencias religiosas y las opiniones filosóficas.

Cada posición jurídica, ya sea confesional o filosófica, debe considerarse en relación con las situaciones históricas y las crisis sociales, y ha sido a su vez revolucionaria, progresista o conformista.

*

Antiformalista y revolucionario por excelencia fue el movimiento que lleva el nombre de Cristo.

La afirmación de que en todos los hombres hay un alma de origen divino y destinada a la inmortalidad, sea cual sea su posición social o de casta, fue el equivalente al levantamiento revolucionario contra las formas opresivas y esclavistas del antiguo Oriente. Mientras la ley admitía que el ser humano podía ser considerado como una mercancía, un objeto de compra y venta como un animal, y por tanto todas las prerrogativas legales de los hombres libres y de los ciudadanos eran el monopolio de una sola clase, la afirmación de la igualdad de los creyentes era una palabra de batalla que se estrellaba implacablemente contra la resistencia de las órdenes teocráticas de los judíos, aristócratas y militares de otros estados antiguos.

Tras largas etapas históricas y después de la abolición de la esclavitud, el cristianismo se convirtió en la religión oficial y piedra angular del Estado.

Vive su ciclo reformista en la Europa actual como expresión de una lucha contra la excesiva adhesión de la Iglesia a las clases sociales más privilegiadas y opresoras.

Hoy no puede haber una ideología más conformista que la ideología cristiana, que ya en la época de la revolución burguesa fue el arma organizativa y doctrinal más poderosa para la resistencia de los antiguos regímenes.

Hoy, la poderosa red eclesiástica y la sugestión religiosa, oficialmente reconciliada y acoplada en todas partes con el sistema capitalista, se comprometen como defensa fundamental contra la amenaza de la revolución proletaria.

En las relaciones sociales actuales, puesto que ya es una vieja conquista hacer de cada individuo una empresa económica con la posibilidad teórica de tener un activo y un pasivo, la superstición que traza alrededor de cada individuo el círculo cerrado del balance moral de todas sus acciones y lo proyecta en la ilusión de una vida después de la muerte, no es más que la proyección en el cerebro de los hombres del mismo carácter burgués de la sociedad actual, fundada en la economía de lo privado.

No es posible liderar la lucha para romper los límites de una economía de empresas privadas y presupuestos individuales sin adoptar abiertamente una postura antirreligiosa y anticristiana.

El ciclo capitalista: fase revolucionaria

La burguesía capitalista moderna ha presentado ya tres fases históricas características en los principales países.

La burguesía aparece como una clase abiertamente revolucionaria y lleva a cabo una lucha armada para romper las formas de absolutismo feudal y clerical, limitaciones que atan las fuerzas de trabajo de los campesinos a la tierra y las de los artesanos al corporativismo medieval.

La necesidad de liberarse de estas limitaciones coincide con la del desarrollo de las fuerzas productivas que, con los recursos de la tecnología moderna, tienden a concentrar a los trabajadores en grandes masas.

Para dar libre desarrollo a estas nuevas formas económicas, los regímenes tradicionales deben ser derrocados por la fuerza. La clase burguesa no sólo dirige la lucha insurreccional, sino que implementa una férrea dictadura tras la primera victoria para impedir el ascenso de monárquicos, señores feudales y jerarquías eclesiásticas.

*

La clase capitalista aparece en la historia como una fuerza *antiformista* y sus imponentes energías la llevan a destrozarse todos los obstáculos, materiales e ideales; sus pensadores derriban los viejos cánones y creencias de la manera más radical.

Las teorías de la autoridad por derecho divino son sustituidas por las de la igualdad y la libertad política, de la soberanía popular, y se proclama la necesidad de las instituciones representativas, afirmando que a través de ellas el poder se expresa por la voluntad colectiva libremente manifestada.

El principio liberal y democrático en esta etapa aparece como netamente revolucionario y antiformista, tanto más cuanto que no se realiza por vías pacíficas y legalitarias, sino que triunfa mediante la violencia y el terror revolucionario, y se defiende mediante retornos restauradores con la dictadura de la clase victoriosa.

El ciclo capitalista: fase evolucionista y democrática

En la segunda fase, con el sistema capitalista ya estabilizado, la burguesía se proclama exponente del mejor desarrollo y bienestar de toda la colectividad social y pasa por una fase relativamente tranquila de despliegue de las fuerzas productivas, de conquista de todo el mundo habitado por su propio método, de intensificación de todo el ritmo económico. Esta es la fase progresista y reformista del ciclo capitalista.

*

El mecanismo democrático parlamentario en esta segunda fase burguesa corre en paralelo a la dirección reformista, con la clase dominante interesada en hacer aparecer su sistema como capaz de explicar y manifestar los intereses y reivindicaciones de las clases trabajadoras. Sus gobernantes pretenden satisfacerlos con disposiciones económicas y legislativas que, sin embargo, dejan en pie los pilares jurídicos del sistema burgués. El parlamentarismo y la democracia ya no tienen el carácter de consignas revolucionarias, sino que adquieren un contenido reformista que asegura el desarrollo del sistema capitalista, impidiendo los choques violentos y las explosiones de la lucha de clases.

El ciclo capitalista: fase imperialista y fascista

La tercera fase es la del imperialismo moderno, caracterizada por la concentración monopólica de la economía, el auge de los sindicatos y los trusts capitalistas, y la planificación a gran escala dirigida por los centros estatales. La economía burguesa se transforma y pierde las características del liberalismo clásico, según el cual cada empresario era autónomo en sus opciones económicas y en sus relaciones comerciales. La regulación de la producción y de la distribución es cada vez más estricta; los índices económicos ya no resultan del libre juego de la competencia, sino de la influencia de las asociaciones entre capitalistas, primero, de los organismos de concentración bancaria y financiera, después, y, finalmente, directamente del Estado. El Estado político, que en el sentido marxista era el comité ejecutivo de la clase burguesa y la protegía como órgano de gobierno y policía, se convirtió cada vez más en un órgano de control e incluso de gestión de la economía.

Esta concentración de las atribuciones económicas en manos del Estado sólo puede confundirse con un paso de la economía privada a la colectiva si se ignora deliberadamente que el Estado contemporáneo sólo expresa los intereses de una minoría y que toda estatalidad realizada dentro de los límites de las formas mercantiles conduce a una concentración capitalista que refuerza, en lugar de debilitar, el carácter capitalista de la economía. El desarrollo político de los partidos de la clase burguesa en esta fase contemporánea, como lo estableció claramente Lenin en su crítica al imperialismo moderno, conduce a formas de opresión más estrictas, y sus manifestaciones se han visto en el advenimiento de regímenes que se denominan totalitarios y fascistas. Estos regímenes constituyen el tipo político más moderno de la sociedad burguesa y se están extendiendo a través

de un proceso que será cada vez más claro en todo el mundo. Un aspecto concomitante de esta concentración política consiste en el dominio absoluto de unos pocos Estados muy grandes en detrimento de la autonomía de los Estados medianos y pequeños.

*

El advenimiento de esta tercera fase capitalista no puede confundirse con un retorno a las instituciones y formas precapitalistas, ya que va acompañado de un incremento aún más vertiginoso de las dinámicas industriales y financieras, cualitativa y cuantitativamente desconocidas en el mundo pre-burgués.

El capitalismo repudia efectivamente el marco democrático y representativo y constituye centros de gobierno absolutamente despóticos.

En algunos países, ya ha teorizado y proclamado la creación del partido único totalitario y la centralización jerárquica; en otros, sigue utilizando consignas democráticas ahora vacías de contenido, pero avanza inexorablemente en la misma dirección.

La posición esencial para una evaluación precisa del proceso histórico contemporáneo es la siguiente: la era del liberalismo y la democracia ha terminado y las reivindicaciones democráticas, que ya habían tenido un carácter revolucionario, luego progresista y reformista, son hoy anacrónicas y puramente conformistas.

La estrategia proletaria en la fase de la revolución burguesa

En correspondencia con el ciclo del mundo capitalista tenemos uno del movimiento proletario.

Desde el comienzo de la aparición de un gran proletariado industrial, se empieza a construir una crítica de las tesis económicas, jurídicas y políticas de la burguesía, y se teoriza el descubrimiento de que la clase burguesa no libera y emancipa a la humanidad, sino que sustituye su propia dominación y explotación de clase por la de otras clases que la precedieron.

Sin embargo, los trabajadores de todos los países no pueden dejar de luchar junto a la burguesía por el derrocamiento de las instituciones feudales y no caer en las sugerencias de un socialismo reaccionario que, con el espectro del nuevo amo capitalista despiadado, llama a los trabajadores a una alianza con las clases dominantes monárquicas y terratenientes.

Incluso en las luchas que los jóvenes regímenes capitalistas llevan a cabo para evitar los regresos reaccionarios, el proletariado no puede negar su apoyo a la burguesía.

*

Una primera aproximación a la estrategia de clase del proletariado naciente es la perspectiva de llevar a cabo levantamientos antiburgueses con el impulso de la misma lucha insurreccional llevada a cabo junto a la burguesía, logrando la liberación inmediata de la opresión feudal y la explotación capitalista.

Una manifestación embrionaria puede verse ya en la gran revolución francesa con la *Liga de los Iguales* de Babeuf. Teóricamente, el movimiento es comple-

tamente inmaduro, pero sigue siendo significativa la lección histórica de la implacable represión que la burguesía jacobina victoriosa ejerce contra los trabajadores que habían luchado con ella y por sus intereses.

En vísperas de la oleada revolucionaria burguesa y nacional de 1848, la teoría de la lucha de clases estaba ya madurada y elaborada, estando claras las relaciones entre la burguesía y el proletariado a escala europea y mundial.

Marx, en el *Manifiesto*, planea tanto una alianza con la burguesía contra los partidos de la restauración monárquica en Francia y el conservadurismo prusiano, como un desarrollo inmediato hacia una revolución dirigida a la conquista del poder por la clase obrera. Incluso en esta fase histórica, el esfuerzo de revuelta de los trabajadores es reprimido sin piedad, pero hay que afirmar que la doctrina y la estrategia de clase correspondientes a esta fase están en el claro camino histórico del método marxista.

Las mismas situaciones y valoraciones se acompañan de la grandiosa tentativa de la Comuna de París, en la que el proletariado francés, tras derrocar a Bonaparte y asegurar la victoria de la república burguesa, vuelve a intentar tomar el poder y ofrece, aunque sea por unos meses, el primer ejemplo histórico de gobierno de clase.

El significado más llamativo de esta evolución reside en la alianza antiproletaria incondicional de los demócratas burgueses con los conservadores y el propio ejército prusiano victorioso para acabar con el primer intento de dictadura del proletariado.

Tendencias del movimiento socialista en la fase democrático-pacifista

En la segunda fase, en la que el reformismo en el marco de la economía burguesa va acompañado del uso más amplio de los sistemas representativos y parlamentarios, surge una alternativa de importancia histórica para el proletariado.

Bajo el aspecto teórico, se plantea la cuestión interpretativa de la doctrina revolucionaria construida como crítica a las instituciones burguesas y a toda su defensa ideológica: ¿la caída del dominio de clase capitalista y la sustitución por éste de un nuevo orden económico se producirá con una colisión violenta, o puede lograrse mediante transformaciones graduales y el uso del mecanismo legalista parlamentario?

Desde un punto de vista práctico, se plantea la cuestión de si el partido de la clase proletaria debe asociarse ya no con la burguesía contra las fuerzas de los regímenes precapitalistas, hoy desaparecidas, sino con una parte avanzada y progresista de la propia burguesía, mejor preparada para reformar el orden.

*

En el idílico interregno del mundo capitalista (1871-1914) se desarrollaron corrientes revisionistas del marxismo, cuyas orientaciones y textos fundamentales fueron falseados, y se construyó una nueva estrategia, según la cual vastas organizaciones económicas y políticas de la clase obrera impregnaron y conquistaron las instituciones por medios legales, preparando una transformación gra-

dual de toda la maquinaria económica.

La polémica que acompañó a esta fase dividió al movimiento obrero en tendencias opuestas; aunque el programa del asalto insurreccional para destruir el poder burgués no se planteó de forma generalizada, los marxistas de izquierdas se resistieron enérgicamente a los excesos de las tácticas colaboracionistas a nivel sindical y parlamentario, a la intención de apoyar a los gobiernos burgueses y a la participación de los partidos socialistas en las coaliciones ministeriales.

En ese momento comenzó la gravísima crisis del movimiento socialista mundial, provocada por el estallido de la guerra en 1914 y el paso de la mayoría de los dirigentes sindicales y parlamentarios a la política de colaboración nacional y de adhesión a la guerra.

Táctica proletaria en la fase del capitalismo imperialista y del fascismo

En la tercera fase, el capitalismo -debido a la necesidad de seguir desarrollando la masa de fuerzas productivas y al mismo tiempo impedir que rompan el equilibrio de su orden- se ve obligado a renunciar a los métodos liberales y democráticos, lo que conduce al mismo tiempo a la concentración en poderosas aglomeraciones estatales tanto del dominio político como del control estricto de la vida económica. También en esta fase se presentan dos alternativas para el movimiento obrero.

En el terreno teórico, hay que afirmar que estas formas más estrechas de dominación de clase del capitalismo constituyen una fase necesaria, más evolucionada y moderna, que atravesará para llegar al final de su ciclo y agotar sus posibilidades históricas. No son un endurecimiento transitorio de los métodos políticos y policiales, tras el cual podemos y debemos volver a las formas de la supuesta tolerancia liberal.

En el plano táctico, la cuestión de si el proletariado debe iniciar una lucha para reconducir al capitalismo a sus concesiones liberales y democráticas es falsa e ilusoria, ya que el clima de democracia política ya no es necesario para el aumento de las energías productivas capitalistas, condición indispensable para la economía socialista.

Esta cuestión en la primera fase revolucionaria burguesa no sólo fue planteada por la historia, sino que se resolvió en una lucha concomitante de las fuerzas del tercer y cuarto estado, y la alianza entre las dos clases fue una etapa indispensable en el camino hacia el socialismo.

En la segunda fase, se planteó legítimamente la cuestión de una acción concomitante entre la democracia reformista y los partidos obreros socialistas, y si la historia ha dado la razón a la solución negativa preconizada por la izquierda marxista revolucionaria frente a la de la derecha revisionista y reformista, ésta, antes de la degeneración fatal de 1914-18, no podía calificarse de movimiento conformista. De hecho, creía que era plausible un lento giro de la rueda de la historia, pero aún no intentaba darle la vuelta. Esto se le debe reconocer a los Bebel, los Jaurès, los Turati.

En la fase actual del imperialismo más codicioso y de las feroces guerras mundiales, la cuestión de una acción paralela entre la clase socialista proletaria y la democracia burguesa ya no se plantea históricamente; apoyar una respuesta afirmativa ya no representa una alternativa, una versión, una tendencia del movimiento obrero, sino que cubre el cambio total hacia el conformismo conservador.

La única alternativa que se plantea y se resuelve se ha convertido en otra. Dado que el desarrollo y el despliegue del mundo y del régimen capitalista se implementa en el sentido centralista, totalitario y «fascista» ¿debe el movimiento proletario aliar sus fuerzas con este movimiento, que se ha convertido en el único aspecto *reformista* del orden y la dominación burguesa? ¿Puede esperar insertar el ascenso del socialismo en este avance inexorable del estatismo capitalista, ayudándole a dispersar las últimas resistencias de los liberales, conformistas burgueses del primer tipo?

¿O debe el movimiento proletario, duramente golpeado y disperso por no haber sido capaz, en la fase de las dos guerras mundiales, de realizar su autonomía respecto a la práctica de la colaboración de clases, reconstituirse al margen de este método, al margen de la ilusión de la reaparición de órdenes burgueses pacíficos penetrables por medios legales, o más vulnerables del asalto de las masas (dos formas, éstas, igualmente peligrosas del derrotismo de todo movimiento revolucionario)?

El método dialéctico marxista lleva a la conclusión negativa de la cuestión de la alianza con las nuevas formas burguesas centralizadoras modernas, por las mismas razones que históricamente se despliegan como las que llevaron ayer a combatir la alianza con el reformismo de la fase democrática y pacifista.

El capitalismo, premisa dialéctica del socialismo, ya no necesita ser ayudado a nacer (afirmando su dictadura revolucionaria) ni a crecer (en su disposición liberal y democrática).

En la fase moderna concentra inevitablemente su riqueza económica y su fuerza política en unidades monstruosas.

Su transformismo y reformismo garantizan su desarrollo y defienden al mismo tiempo su conservación.

El movimiento obrero no sucumbirá a su dominación únicamente si se sitúa fuera del terreno de la ayuda a las evoluciones, aunque necesarias, del devenir capitalista, reorganizando sus fuerzas fuera de estas perspectivas caducas, sacudiéndose el peso de las tradiciones del viejo método, denunciando -ya con toda una fase histórica de retraso- su acuerdo táctico con toda forma de reformismo.

La revolución rusa, errores y desviaciones de la Tercera Internacional, involución del régimen proletario ruso

Tras el final de la Primera Guerra Mundial, el problema más candente de la historia contemporánea pasó al presente: la crisis del régimen zarista ruso, una estructura estatal feudal superviviente en medio del desarrollo capitalista.

La posición de la izquierda marxista (Lenin, bolcheviques) ya se había establecido desde hace muchas décadas en la perspectiva estratégica de dirigir la lucha por la dictadura proletaria simultáneamente con la de todas las fuerzas antiabsolutistas por el derrocamiento del imperio feudal.

La guerra permitió realizar este grandioso plan y concentrar la transición del poder de la dinastía, la aristocracia y el clero, a través de un paréntesis de gobiernos democráticos de partidos burgueses, a la dictadura del proletariado en el ciclo acelerado de nueve meses.

Las cuestiones y alineaciones mundiales relativas a la lucha de clases, la guerra por el poder y la estrategia de la revolución obrera recibieron un poderoso impulso del grandioso acontecimiento.

En el ciclo corto, la estrategia y la táctica del partido proletario pasaron por todas las fases: lucha al lado de la burguesía contra el antiguo régimen; lucha contra ella en cuanto el Estado feudal se derrumbó e intentó construir el suyo propio; ruptura y lucha contra todos los partidos reformistas y gradualistas del propio movimiento obrero, lo que condujo al monopolio exclusivo del poder por parte de la clase obrera y del partido comunista.

Las repercusiones históricas en el movimiento obrero tuvieron el carácter de una estrepitosa derrota de las tendencias revisionistas y colaboracionistas, y en todos los países los partidos proletarios fueron empujados al terreno de la lucha armada por el poder.

Pero se hicieron falsas interpretaciones y aplicaciones al transportar la estrategia y la táctica rusas a otros países, donde se quiso esperar a un régimen de Kerensky logrado con una política de coalición para hacer vibrar el golpe fatal con una audaz conversión.

Se olvidaba así que esa sucesión de movimientos estaba muy relacionada con la tardía aparición del Estado político propio del capitalismo, que, en cambio, existía y era estable desde hacía décadas, o siglos, en otros países europeos, tanto más fuerte cuanto más evidente era su estructura jurídica democrático-parlamentaria.

Las alianzas en las batallas insurreccionales entre bolcheviques y no bolcheviques, e incluso las destinadas a conjurar ciertos intentos de restauración feudal, fueron el último ejemplo posible a escala histórica de tales relaciones de fuerzas políticas; que la revolución proletaria, por ejemplo, en Alemania habría tenido el curso táctico de la revolución rusa si hubiera salido, como esperaba Marx, de la crisis de 1848, mientras que en 1918-1919 sólo podía triunfar si el partido comunista revolucionario tenía fuerzas suficientes para desbordar el bloqueo de los kaiseristas, burgueses y socialdemócratas en el poder en la República de Weimar.

Cuando el primer ejemplo del tipo de gobierno totalitario burgués se produjo en Italia con el fascismo, la falacia estratégica fundamental de dar al proletariado la dirección de la lucha por la libertad y las garantías constitucionales en el seno de una coalición antifascista puso de manifiesto el desvío total del movimiento comunista internacional de la estrategia revolucionaria correcta.

Confundir a Mussolini y Hitler, reformadores del régimen capitalista en el

sentido más moderno, con Kornilov o las fuerzas de la Restauración y la Santa Alianza de 1815, fue el mayor y más ruinoso error de juicio y marcó el abandono total del método revolucionario.

La fase imperialista, económicamente madura en todos los países modernos, en su forma política fascista apareció y aparecerá en una sucesión determinada por las relaciones de poder contingentes entre Estado y Estado y entre clase y clase en los diversos países del mundo.

Esta transición podría ser acogida de nuevo como una oportunidad para los asaltos revolucionarios del proletariado; no, sin embargo, en el sentido de desplegar y dilapidar las fuerzas de su vanguardia comunista en el objetivo ilusorio de detener a la burguesía en su movimiento fuera de las formas legales con la absurda exigencia de la restauración de las garantías constitucionales y del sistema parlamentario, sino, por el contrario, aceptando el fin histórico de este instrumento de opresión burguesa y la invitación a luchar fuera de la legalidad en un intento de romper todos los demás andamios, policiales, militares, burocráticos y legales, del poder capitalista y del Estado.

Impostación actual del problema de la estrategia proletaria. Denuncia histórica definitiva de cualquier simpatía por las reivindicaciones democrático-liberales. Solución negativa a la tesis del apoyo a las fuerzas que conducen al capitalismo a desarrollar su modernísima fase monopolística en economía y fascista en política.

El paso de los partidos comunistas a la estrategia del gran bloque antifascista, exasperado por las palabras de la colaboración nacional en la guerra anti alemana de 1939-1945, de los movimientos partisanos, de los comités de liberación nacional, hasta la vergüenza de la colaboración ministerial, marcó la segunda derrota desastrosa del movimiento revolucionario mundial.

Este no puede ser reconstituido, en lo referido a teoría, organización y acción, sin llevarlo fuera y en contra de esa política que hoy une a los partidos socialistas y comunistas de inspiración moscovita. El nuevo movimiento debe pivotar sobre directivas que sean la antítesis exacta de las palabras difundidas por esos movimientos oportunistas, cuyas posiciones -como queda claro a la luz de una crítica dialéctica- son al mismo tiempo la señalización -de palabra- del movimiento mundial que se autodenomina antifascista, y en cambio se insertan plenamente -de hecho- en el devenir en un sentido fascista de la organización social.

El nuevo movimiento revolucionario del proletariado, característico de la época imperialista y fascista, gira en torno a las siguientes directrices:

1) Negación de la perspectiva de que, tras la derrota de Italia, Alemania y Japón, se abriera una fase de retorno general a la democracia; afirmación, por el contrario, de que el fin de la guerra va acompañado de una transformación en el sentido y con el método fascista del gobierno burgués en los Estados vencedores, incluso y sobre todo si participan partidos reformistas y obreros.

Rechazo a presentar esa -ilusoria- vuelta a las formas liberales como una reivindicación de interés para la clase proletaria.

2) Declaración de que el actual régimen ruso ha perdido sus características proletarias, paralelamente al abandono de la política revolucionaria por parte de la Tercera Internacional. Una involución progresiva ha llevado a las formas económicas, sociales y políticas de Rusia a retomar las estructuras y características burguesas. Este proceso no se juzga como un retorno a las formas pretorianas de la tiranía autocrática o pre burguesa, sino como la consecución, por una vía histórica diferente, del mismo tipo de organización social avanzada que presenta el capitalismo de Estado en los países con regímenes totalitarios, y en el que la gran planificación ofrece el camino hacia desarrollos impresionantes y un alto potencial imperialista. Por lo tanto, ante esta situación, no se trata de la reivindicación del retorno de Rusia a las formas de democracia parlamentaria interna, que están en disolución en todos los países modernos, sino del resurgimiento del partido comunista revolucionario totalitario también en Rusia.

3) Rechazo de todo llamamiento a la solidaridad nacional de clases y partidos, dirigido ayer a derrocar los llamados regímenes totalitarios y a luchar contra los estados del Eje, y hoy a la reconstrucción con legalista del mundo capitalista arruinado por la guerra.

4) Rechazo de la maniobra y la táctica del frente único, es decir, la invitación a los partidos autodenominados socialistas y comunistas, que ahora no tienen nada de proletarios, a abandonar la coalición de gobierno para crear la llamada unidad proletaria.

5) Luchar duramente contra toda cruzada ideológica que tienda a movilizar a las clases trabajadoras de los diferentes países en frentes patrióticos en la posible nueva guerra imperialista, y pedirles que luchen por una Rusia Roja contra el capitalismo anglosajón, o que apoyen la democracia occidental contra el totalitarismo estalinista, en una guerra presentada como antifascista.

- * -

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080
Madrid
Italia : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110
Milano
Francia : Programme - B.P. 57428 - 69007
Lyon Cedex 07
Suiza : Para contacto, escriba a la
dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org
leproletaire@pcint.org
ilcomunista@pcint.org
proletarian@pcint.org

**El sitio Internet del partido
comunista internacional
www.pcint.org**

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

EDICIONES

«EL PROGRAMA COMUNISTA»

Suplemento en español a la revista
teórica del Partido Comunista
Internacional, «programme communiste»
no ISSN-0033-037 X.
Acabado de imprimir en diciembre de 2022

